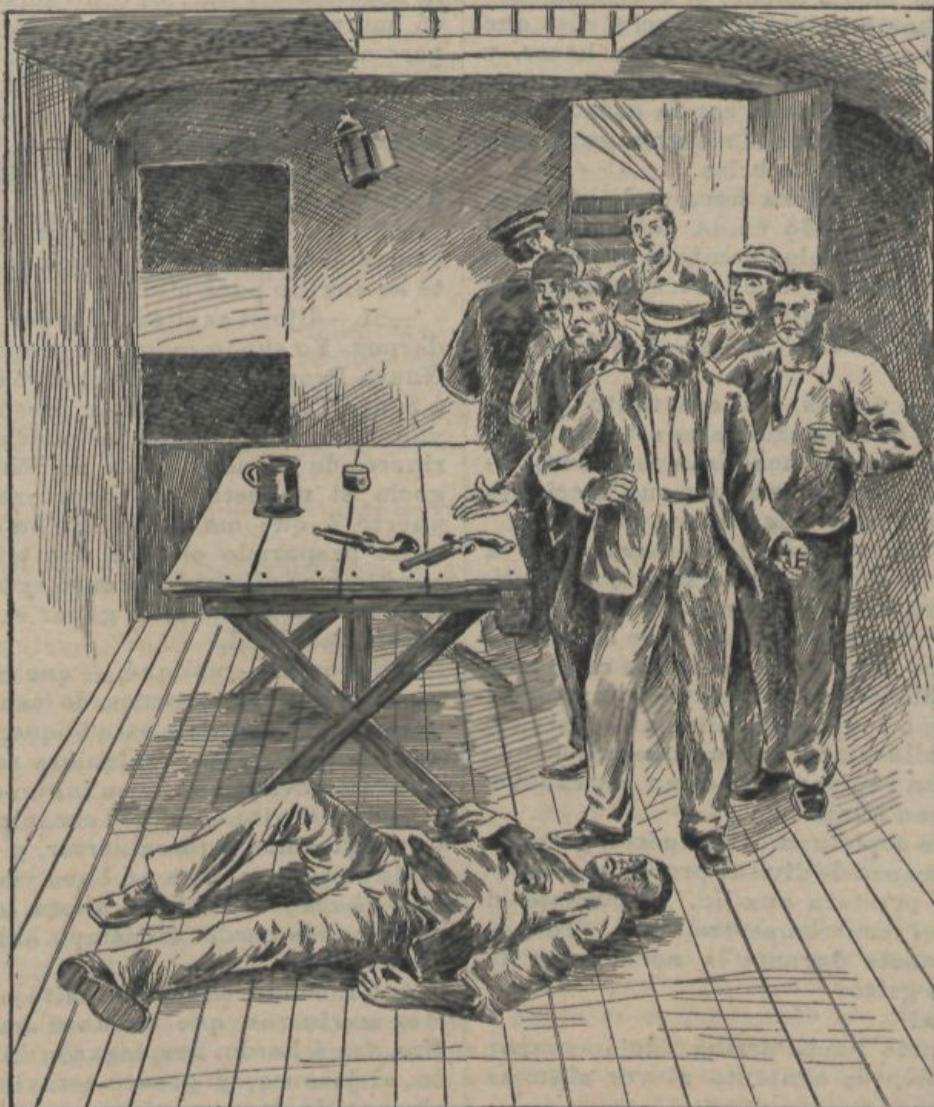


EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ••• BARCELONA, julio de 1895 ••• NÚMERO 39



UNA HOJA PONZOÑOSA

El negro se retorcía en espantosas convulsiones, revolcándose por el suelo y agónizando

SUMARIO

Un viaje funesto (*conclusión*).—Una hoja ponzoñosa.—La Ley de Lynch (*continuación*).—Salvado por milagro.—Una escaramuza con los indios delawares.—La fuga de Brady.—El salto mortal.

UN VIAJE FUNESTO

(*Conclusión*)

El día se pasó tristemente, y la mayor parte del tiempo nos ocupamos en preparar lo necesario para dar sepultura á los muertos: deber penoso, con el que era necesario cumplir ante todo. A eso de las diez de la noche dióse principio á la operación de arrojar los cadáveres al abismo, lugubre ceremonia en la situación en que nos hallábamos. Yo leí las oraciones de difuntos, y después dejamos caer los cuerpos en el mar uno tras otro. Cuando todo estuvo concluido, nos retiramos silenciosamente á diferentes partes del buque.

A eso de la media noche, el contramaestre ordenó á los hombres echar el ancla, cosa que hasta entonces no se había podido hacer, y también se pudo aferrar velas, y, hecho esto, nos retiramos á descansar, con la consoladora idea de que no correríamos riesgo alguno aunque soplará de pronto la brisa.

Me desperté á primera hora de la mañana, al oír un confuso ruido en la cubierta, y, al llegar á ella, vi que los hombres miraban en un lado del buque, por lo cual les pregunté si el ancla estaba bien sujetada.

—¡Ah!—replicó uno de ellos.—Más de lo que quisiéramos.

Acerquéme entonces, y vi con tanto horror como asombro que los cadáveres estaban en el fondo del mar, como si acabáramos de arrojarlos: hasta podíamos distinguir sus facciones confusamente á través de la masa de agua.

Estábamos libres ahora de los estragos de la muerte; pero su forma nos perseguía de continuo, y apenas nos atrevíamos á mirar al agua, por temor de ver el lívido rostro de alguno de los que habían sido antes nuestros compañeros. Los tripulantes comenzaron á murmurar, diciendo que no podríamos salir nunca del sitio en que nos hallábamos, y que nuestro buque se pudría tan rápidamente como los cadáveres que estaban abajo.

Por la tarde soplará una brisa fuerte, y concebimos la esperanza de divisar pronto algún buque que nos prestara auxilio. Al ponerse el sol, cuando el contramaestre daba órdenes para la vigilancia durante la noche, uno de los marineros gritó:

—¡Una vela!

Otro, mirando hacia arriba, dejó escapar una exclamación de contento al ver algunas aves marinas.

—Dentro de veinticuatro horas,—dijo,—estoy seguro de que veremos alguna vela. Yo no dudaba que nos sería posible abandonar este sitio hasta que aparecieran esas aves; pero aún abrigó algún temor, pues veo que permanecen

más tiempo del regular al rededor de nuestro buque.

—Siempre entendí,—repuse,—que estas aves presagian mal tiempo ó algún incidente desgraciado, y ahora me confirmo en ello.

—En otro tiempo,—replicó el marinero,—no creía en esas cosas; mas he visto casos tan extraños, que ahora no debo dudar. Diríase que esas aves se encariñan con las tripulaciones, y desean avisarlas cuando se prepara mal tiempo ó ha de ocurrir algún percance.

A la mañana siguiente comunicáronme la alegre noticia de que se divisaba un bergantín, el cual había izado el pabellón al observar nuestras señales. Navegó en dirección á nosotros con buen tiempo, y al cabo de una hora estuvo bastante cerca para ponerse al hablar. Cuando dimos cuenta al capitán de nuestra desgraciada situación, mandó bajar el bote y pasó á bordo de nuestro buque con tres de sus tripulantes: era un hombre grueso, de escasa estatura, muy moreno, y por su lenguaje reconocimos que era natural de los Estados de la América del Sur. El contramaestre le explicó minuciosamente cuanto había sucedido; pero nuestro visitante no hacía mucho aprecio, y pronto le interrumpió para preguntar en qué consistía nuestro cargamento, y la contestación le satisfizo, al parecer.

—Por lo que veo,—dijo,—deduzco que Vds. desean ganar algún puerto.

—Sí: eso es lo que quisiéramos,—replicó el contramaestre,—y esperamos que V. nos preste su auxilio para ello.

—Sí,—dijo el capitán,—todos debemos ayudarnos. Yo supongo que os proponéis llegar á Nueva Providencia; mas el caso es que yo voy á Santo Tomás, y no deben presumir Vds. que yo retrocederé, ni que les pueda facilitar marineros de los míos, pues no realizaría mi negocio si no estuviese oportunamente en el puerto á que me dirijo. En su consecuencia, tener preparado el bote; los tripulantes que aquí hay se aliviarán pronto, y con tal que el tiempo siga así, podrán ganar el puerto con la mayor facilidad.

—Supongo,—replicó,—que no tiene V. intención de abandonarnos de tan bárbara manera. Los dueños de este buque, seguro estoy de ello, le pagarán cualquiera suma para que no seamos víctimas de su inhumanidad.

—Caballerito,—replicó el capitán,—también yo tengo amos á quien servir, y mi propio interés exige que haga un buen viaje para ellos. Los mercados cambian ahora muy pronto, y no se puede perder el tiempo hablando de humanidad.

Así diciendo, el hombre saltó al bote con sus tres marineros, que bogaron hacia el buque. Una vez á bordo, desplegaron la vela cuadrada, alejáronse, y pronto estuvieron fuera del alcance de la voz, mientras que nosotros nos mirábamos con expresión desesperada.

El contramaestre excitó á sus hombres á trabajar, proponiéndose hacer un esfuerzo para salir de aquel apuro. Se arrojó al agua el más tronchado que obstruía la cubierta, y puso-

se en su lugar una especie de bandola con dos velas, hecho lo cual enderezamos el rumbo hacia Nueva Providencia. El contramaestre había estado, por fortuna, antes en aguas de Bahama, y no desconocía las dificultades que se pudieran encontrar. Al cabo de dos días, gracias al tiempo moderado, divisóse la isla de Exuma, y se ancló cerca de sus orillas.

Pronto se tuvo conocimiento en tierra de la llegada de nuestro buque y de todas las circunstancias relacionadas con él, y un caballero, que residía en su plantación, enviónos recado, ofreciéndonos hospitalidad en su casa. Admitimos con el mayor gusto, como ya se comprenderá, y poco después desembarcábamos.

Solamente los que han estado en el mar pueden formar idea de la alegría que produce la vista de los árboles y de los campos, de la sensación que se experimenta al aspirar el perfume de las flores y de los frutos, y, sobre todo, la seguridad al hallarse en tierra firme después de un largo viaje. A cada paso que dábamos, nuestros miembros recobraban nuevo vigor; pero bien pronto llegamos á la casa del caballero, que estaba á la puerta con su esposa y toda su familia. Se nos hizo entrar en una gran sala bien ventilada, y después se nos condujo al comedor, donde se había preparado para nosotros una mesa muy bien servida, con varios vinos exquisitos. Todos escucharon con el mayor interés nuestro relato, y, terminada la comida, las hijas de la casa nos obsequiaron con un delicioso concierto, tocando el arpa y el piano.

Llegada la noche, volvimos al buque, dando gracias á Dios por haber escapado de tantos peligros, en los cuales habíamos salvado la vida casi milagrosamente. Por fortuna, no teníamos ya nada que temer, porque estábamos en puerto seguro.

UNA HOJA PONZOÑOSA

A bordo teníamos un negro de aspecto sombrío y repulsivo, llamado Quaco: era servidor del capitán del bergantín, que le trataba con mucha bondad, habiéndole curado de esa afeción africana que llaman *mal de estómago* y que se contrae á consecuencia de comer tierra. A fin de completar la cura, su amo, dando pruebas de su benevolencia, le llevó con nosotros al río Orinoco; y como era entendido en materias culinarias, se le utilizó como cocinero á bordo del bergantín. Como la tripulación se había fatigado mucho cierto día, el capitán ordenó al negro que hiciese buen café, y suficiente para todos. Poco después nos lo sirvieron, pero el muchacho que nos servía de camarero, criollo muy inteligente, nos hizo señas para que no lo probásemos apenas lo puso en la mesa, diciendo que estaba seguro de que contenía alguna sustancia dañosa, y que había avisado á la tripulación. El capitán se hallaba muy dispuesto á considerar la advertencia del muchacho como una sospecha infundada, y

observó que el negro no había ido á tierra, y que el botiquín estaba bien cerrado; pero el criollo no se dió por convencido ni se tranquilizó.

—Mirelo V.,—dijo con expresión grave,—huélalo después, y dígame si es lo que debe ser.

—A fe mía,—repuso el capitán,—me parece que este café es demasiado espeso.

Y, tomando una taza en la mano, acercóla á su nariz y arrugó el ceño.

—¡Diantre!—exclamó.—Este olor, en efecto, me parece un poco raro.

Yo pregunté si no tenían á bordo nada para reconocer los líquidos y asegurar de que no contenían ninguna sustancia deletérea.

—Sí, tengo algo,—contestó el capitán,—y muy seguro.

Y, acercándose á su mesa, sacó del cajón dos pistolas y comenzó á cargarlas tranquilamente.

—¿Qué trata V. de hacer?—pregunté.—No creo que solamente por una sospecha sea V. capaz de...

—No se alarme V.,—interrumpió el capitán;—no haré nada que no esté en el orden.

Dicho esto, y cargadas ya las pistolas, llamó al marinero.

—Que venga aquí Quaco,—dijo,—y toda la tripulación.

El negro se presentó, y los marineros ocuparon la puerta del camarote.

—Quaco,—dijo el capitán con expresión severa;—bébete esa taza de café, sin dejar una gota.

—No me gusta el café,—contestó el africano, retrocediendo un paso con marcada sorpresa é inquietud.

—¡Bébete eso, te digo!

El negro tomó una cucharada de aquella mezcla, aunque tembloroso; la retuvo en la boca un momento, y luego escupió el líquido.

—¡Oblíquele V. á beber, capitán!—dijo uno de los marineros.

—¡Nos hubiera envenenado á todos!—añadió otro.

Los tripulantes dieron un paso, como para obligar más al negro; pero el capitán impuso silencio.

—¡Que ninguno le toque!—dijo.—Esto es cosa mía.

Al pronunciar estas palabras, vació el café de la taza en una vasija que contendría como un cuartillo más del líquido, y acercóse al negro.

—Estas pistolas,—dijo,—contienen dos balas cada una. Debes ser culpable si rehusas beber este café, que tú mismo has hecho, y ahora no te queda más que elegir el género de muerte, pues te juro, por Dios vivo, que tienes contados los minutos. Por el contrario, si bebes y no te causa perjuicio alguno, te concederé la libertad por haberte acusado injustamente; y lo prometo ante todos los tripulantes, que serán testigos. Ahora, ¡bebe! No admito réplicas.

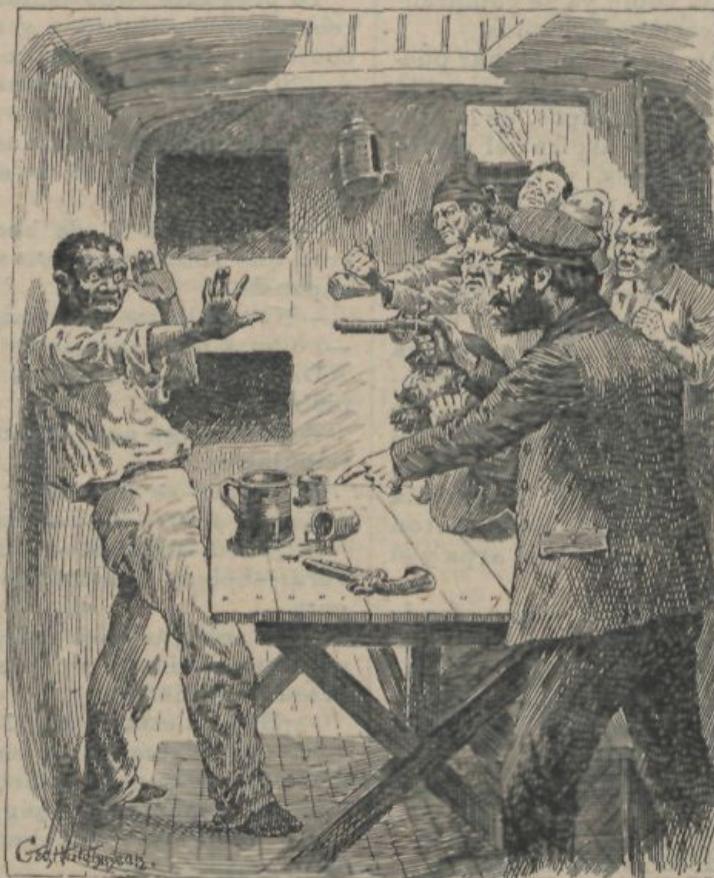
El negro miró al capitán, poseído de terror,

pues creíale muy capaz de llevar á cabo su amenaza, é hizo un ligero movimiento para huir á cubierta; pero la tripulación adivinó sus intenciones, y, al ver la expresión de cólera pintada en todos los semblantes, dedujo que no debía esperar merced. Entretanto, reinaba el más profundo silencio á bordo, y se oyó rechinar el gatillo de las pistolas. Quaco permaneció inmóvil; gruesas gotas de sudor caían de su frente, miró á su alrededor con expresión de espanto y comenzó á temblar.

—¡Bebe ahora mismo, infame!—gritó el ca-

se encontrara señal ninguna; pero, de improviso, un tripulante vió que el negro tenía entre la camisa algunas flores de la especie llamada por los naturalistas *Echitis suberecta*, que contienen un veneno mortífero. Satisfecho con esta averiguación, volvimos á la cámara, donde encontramos de rodillas al joven que nos había avisado, dando gracias á la Providencia por haber podido librarr á la tripulación de una muerte segura.

Entretanto, el negro se retorcía en espantosas convulsiones, revolcándose por el suelo



UNA HOJA PONZOÑOSA: —¡Bebe ahora mismo, infame!

pitán, que no dudaba ahora del crimen y que levantaba ya sus pistolas.

Con un movimiento convulsivo, el africano cogió la vasija, y, mientras sus dientes castañeteaban, chocando contra el recipiente, apuró el contenido. Despues, mirando en torno suyo con expresión de terror ó angustia, cayó en el suelo, dejando escapar un gemido. Una exclamación de enojo salió de todos los labios, y ni un solo hombre se adelantó para ayudar al miserable. Bien porque el capitán pensara que apenas tenía derecho para ser tan ejecutivo en cuanto á dispensar justicia, ó ya porque conservase un resto de compasión, quiso averiguar inmediatamente cuál era la naturaleza del veneno que se había echado en el café; mas el negro no pudo hablar, ó no se atrevió á decir de qué sustancia se había valido. Se procedió á examinar su pecho, sin que

y agonizando. Entonces preparamos un emérito de vitriolo blanco, obligando al asesino á que lo tragase; mas fué inútil, pues si bien se produjo un ligero vómito, pocos minutos después Quaco expiró, sufriendo, al parecer, horriblemente. Muchas veces se me ha representado aquél semblante, en el que se pintaba la angustia y desesperación, y el recuerdo de aquel incidente me estremece aún.

SALVADO POR MILAGRO

En el año 1821 llegué á la colonia de Fredericksburgo, recientemente formada en las pintorescas orillas del Guadala, y que eran de carácter, en parte, militar. Allí nos reunimos principalmente varios oficiales y soldados del disuelto Cuerpo Real Africano, y mis compa-



SALVADO POR MILAGRO: Cogíome con la trompa por mitad del cuerpo...

ñeros habían dado ya caza á muchos elefantes, que en aquel tiempo abundaban en el país. El día antes de la aventura que voy á referir, había asistido á una cacería por primera vez. En aquella ocasión se mató una hembra de gigantescas dimensiones, después de dispararle algunos centenares de tiros. Las balas parecían

producir al principio poco efecto; mas, al fin, recibió varios en la trompa y en los ojos, y quedó inútil para oponer resistencia ó escapar; de modo que fácilmente fué presa de los cazadores.

Al día siguiente, uno de mis criados vino á decirme que en las inmediaciones había una

considerable manada de elefantes, y que algunos de mis compañeros se preparaban ya para atacarlos. Acto continuo salí para reunirme con los cazadores; pero, habiéndome perdido en el bosque, no los alcancé hasta que ya habían rechazado á los elefantes de su posición. Al salir de una espesura, avanzaba por un espacio descubierto en las orillas del Guadana, dirigiéndome hacia el sitio en que oía las detonaciones, cuando de pronto comprendí que me amenazaba algún peligro al oír pronunciar mi nombre y los gritos de: «—; Pas op! (Cuidado) en alemán y en inglés. Al mismo tiempo percibí el crujido del ramaje roto por varios elefantes que atravesaban el bosque, y sus tremendos mugidos, que resonaban entre las escabrosas orillas del río. Un segundo después una hembra, acompañada de otras tres más pequeñas, salió de la espesura que sanqueaba la orilla; y como solamente distaban unas doscientas varas y parecían avanzar directamente hacia mí, no tuve tiempo de elegir la dirección más conveniente. Hallándome solo, y en medio de un claro, comprendí que sería cogido inevitablemente si hacía fuego desde aquel punto. En su consecuencia, resolví retirarme á toda prisa, creyendo que no me observarían hasta que yo tuviese mejor oportunidad para atacar; pero me engañé, pues al volver la cabeza observé que comenzaban á perseguirme, estrechando las distancias rápidamente. En semejante apuro, resolví no hacer fuego sino en el último trance, y, corriendo en opuesta dirección, traté de ganar las orillas del ria-chuelo con objeto de refugiarme entre las rocas al otro lado, donde estaría seguro.

Mas apenas estuve á unos cincuenta pasos de la corriente, los elefantes se hallaron á veinte de mí, la hembra grande en el centro y las otras á los lados, al parecer con la intención de cortarme la retirada. Gritaron tan furiosamente, que el ruido me ensordeció, y entonces, dando media vuelta, apunté mi carabina contra el elefante más grande. Por desgracia, la pólvora estaba húmeda, no se quemaba bien, y cuando, al fin, salió el tiro, la bala no hizo más que rozar un lado de la cabeza del paquidermo. Me detuve tan sólo un instante; el animal se precipitó furiosamente, y caí, sin que yo pueda decir si fué por efecto de un golpe de su trompa. Al verme en tierra, trató de atravesarme con un colmillo, pero felizmente tenía uno roto, y, más felizmente aún, no acertó á tocarme el cuerpo con aquel que me amenazaba. Sin embargo, levantó la tierra á mi alrededor, cogiéme después con la trompa por mitad del cuerpo, me colocó entre sus cuatro pies, y golpeóme con ellos durante breve tiempo. No me hallaba yo en situación de calcular los minutos ó segundos; pero una vez me oprimió el pecho con un pie tan vigorosamente, que me pareció que los huesos se me doblaban, y luego me pisó un brazo, que, por fortuna, tenía aplanado contra el suelo. Entretanto, yo no perdía el uso de la razón en aquel critico instante, y no dudaba que, si el elefante seguía maltratándome de aquel modo, pronto queda-

rían arregladas mis cuentas con este mundo. Sin embargo, á causa de la redondez de su pie, desviaba mi cuerpo y mis miembros de modo que no me cogiera directamente.

En tal situación llegó el teniente Chisholm, seguido del hotentote Diederik, y disparó contra el elefante varios tiros, hiriéndole con una bala en la paletilla, mientras que los otros retirábanse chillando hacia el lindero del bosque, como para llamar á su compañero, y, al fin, me dejó, aunque contra su voluntad, al parcer, pero no sin darme una patada con uno de sus pies posteriores al retirarse. Entonces me levanté, cogí mi carabina y precipitéme con toda la ligereza que me permitían mis huesos doloridos; mas al observar que el elefante me miraba con fijeza antes de entrar en el bosque, me eché en las altas yerbas, dejando así de llamar la atención de mi enemigo.

Al llegar á la parte superior de la alta orilla del río, encontré á mi hermano, que no había podido tomar parte en la cacería aquella vez; pero corrió al sitio á consecuencia de haberle dicho uno de nuestros hombres que yo acababa de ser muerto por un elefante. No le sorprendió poco encontrarme solo, lleno de barro desde la cabeza á los pies.

Mientras que él, Mr. Knight, un oficial y yo estábamos hablando aún de mi aventura, un infeliz soldado del regimiento de África, llamado M. Clane, tuvo la desgracia de llamar la atención de un enorme elefante que había sido ahuyentado hacia el pueblo. El feroz animal le persiguió y cogióle al pie de la altura donde nos hallábamos nosotros, llevándoselo en su trompa á cierta distancia; después arrojólo en tierra, y,uniendo los cuatro pies, pisoteóle durante largo tiempo hasta que le mató. Dejando el cadáver un rato, el animal volvió después como para asegurarse de la muerte de su víctima. Entonces se arrodilló sobre el cuerpo, haciendo crujir los huesos, lo cogió al cabo de un momento, y llevóselo en su trompa á la inmediación de una espesura, donde lo arrojó entre el ramaje. Durante esta tragedia, mi hermano y yo bajamos por el ribazo cuanto pudimos para hacer fuego contra el feroz animal; pero estábamos demasiado lejos para socorrer al infeliz, cuyo cuerpo quedó convertido en una masa informe.

Poco después de esta catástrofe, el certero tiro de uno de nuestros hombres fracturó una de las piernas anteriores de aquel terrible elefante, lo cual le impidió correr, y en aquella ocasión presenciamos un aspecto tan conmovedor del afecto y sagacidad de esos paquidermos, que no puedo menos de relatarle, porque da una idea del carácter de ese noble animal. Al ver el peligro y apuro de su macho, la hembra, la misma que me había atacado á mí, sin reparar el peligro á que se exponía, salió de su refugio en el bosque, corrió en auxilio de su compañero, y paseóse á su alrededor, ahuyentando á sus enemigos, para acercarse después á él y acariciarle. Cuando el elefante trató de andar, colocóse de modo que pudiera apoyar en su costado la parte herida.

Esta escena duró cerca de media hora, hasta que C. Mackenzie hirió mortalmente á la hembra, obligándola á refugiarse de nuevo en la espesura, donde pronto murió á consecuencia de la pérdida de sangre. El macho fué herido también mortalmente por el mismo oficial.

Así terminó nuestra cacería, y apenas necesito decir que lo que vimos en aquella ocasión respecto á la intrepidez y ferocidad de esos poderosos animales nos hizo ser más cautos para el futuro.

UNA ESCARAMUZA CON LOS INDIOS DELAWARES

«He sido traficante entre los hombres de la raza roja por espacio de veinticinco años, y en el transcurso de este tiempo llegué á tener muchos amigos entre los Delawares, los Shawnees y los Wyandots; pero también, y siento decirlo, algunos enemigos. Sin duda, debí esto al hecho de seguir siempre la misma línea de conducta cuando los indios trababan lucha con los blancos, pues yo no era tan sólo un mero traficante, es decir, un hombre que sacrifica su honor y conciencia para llenarse el bolsillo, sino que me permitía aconsejar á los indios, demostrándoles que no tenían razón, cuando ésta les faltaba, y hasta llegué á decirles que merecían castigo. Por este acto de audacia merecí el respeto de la mayoría de aquellos con quienes me ponía en contacto; pero el jefe de los delawares, un tal Custaloga, profesaba un odio invencible á todos los blancos y á mí en particular. No perdonó medio para persuadir á muchos individuos de su tribu que yo era su enemigo secreto, y añadió que era intolerable que se me permitiese estar entre los delawares, cuando los acusaba de traidores.

»Durante algún tiempo temí esta influencia de Custaloga, y no quise traspasar la frontera del país de los delawares; pero la perspectiva de hacer un comercio muy lucrativo y la probabilidad de eludir las injurias de mis enemigos indujeronme á visitar otra vez á los delawares en el año 1793. En su consecuencia, llegada la primavera de dicho año salí del Fuerte Pitt en compañía de otro traficante y de un indio wyandot llamado Hochela, que durante largo tiempo había sido mi guía, á la vez que un verdadero amigo. Nuestro viaje comenzó con toda seguridad, encontrando muchos delawares conocidos é indios de la raza roja de otras tribus, y pronto llegamos á Muskingum, desde donde nos proponíamos dirigirnos á los pueblos del Delaware.

»Cierta mañana hacíamos nuestros preparativos para marchar desde el punto donde habíamos acampado la noche antes, cuando Hochela, saliendo de un espeso bosque, corrió hacia nosotros y nos dijo que había visto á Custaloga y dos más adelantándose cautelosamente á través de la espesura en dirección al lugar en que nos hallábamos.

»Al oír esto empuñamos nuestras carabinas; pero los enemigos llegaron antes de lo que yo

esperaba, y precipitáronse desde el bosque, gritando como demonios.

»Custaloga hizo fuego, y los otros dos delawares descargaron sus armas seguidamente. Una bala me atravesó la muñeca; pero mis amigos quedaron ilesos. Yo maté al indio que estaba más cerca, y entonces comenzó la lucha.

»Nuestro campamento estaba cerca del borde de una elevada orilla, y la pendiente de ésta era casi perpendicular. Custaloga era hombre muy vigoroso, y mi herida me inutilizaba un brazo; pero le herí con mi cuchillo, recibí el golpe del suyo en mi brazo herido y rodé por tierra.

»En aquel momento llegó el wyandot en mi auxilio, y, precipitándose contra Custaloga, descargóle un golpe; pero el indio supo pararle, y, cogiendo al wyandot por el cuello y la mitad del cuerpo, arrojóle desde la altura. Entretanto, yo me había levantado, y, acercándome al jefe salvaje, le descargué un golpe con toda mi fuerza, infiriéndole una herida mortal. Custaloga dió una vuelta sobre sí mismo, tuvo aliento aún para darme otra cuchillada y cayó desde la altura, profiriendo una horrible blasfemia.

»Entonces busqué á mi amigo Jones, y le vi á corta distancia en el momento en que atravesaba con su cuchillo la garganta al otro delaware. La lucha había sido desesperada, y Jones se hallaba herido también.

»Sin embargo, su enemigo yacía en tierra, y al punto le cortó la piel del cráneo. Yo hice lo mismo con el que había matado, y entonces tuvimos tiempo para reposar. Yo tenía el brazo fracturado, y de mi herida de la muñeca manaba mucha sangre; mientras que Jones tenía heridos los dos brazos; pero convinimos en llegar hasta un sitio desde donde podíamos bajar fácilmente á la orilla, para ver los cuerpos de los que habían caído desde la altura.

»Los dos estaban tocando el agua. La cabeza de Hochela había chocado contra una saliente de roca en su caída y estaba ya muerto cuando le encontramos. Custaloga empuñaba su cuchillo aún y tenía las facciones descompuestas. La corté la piel del cráneo y después arrojamos los dos cuerpos á las aguas profundas. Después volvimos al campamento para curarnos las heridas, y, recogiendo nuestros efectos, abandonamos aquella parte del país.

»Muy molesto era semejante viaje, á causa de la carga que llevábamos; pero sabíamos que si llegaba á oídos del pueblo de Custaloga la muerte de éste y de sus compañeros se trataría de tomar venganza en nosotros. Por eso viajamos sin descanso hasta llegar al castillo Farnier, sobre el Ohio, donde estaríamos seguros.

»Los delawares encontraron el cuerpo de Custaloga y de su compañero, que derivaban en la corriente. El espectáculo los enfureció, y juraron aplicarnos los más horribles tormentos si algún día caímos en su poder; pero el comandante del castillo envió á un wyandot al jefe indio para referirle los detalles del caso y regalarle varios efectos en señal de aprecio y

amistad. El jefe quedó, al parecer, satisfecho y convencido de que Custaloga merecía su muerte; pero nosotros dudamos de su buena fe, y nos abstuvimos de volver al país de los delawares.»

LA FUGA DE BRADY.—EL SALTO MORTAL

Imagínese un hombre alto, de anchos hombros, de seis pies de estatura, de ojos azules y

del general Braddock, cuando los asesinatos de colonos en la frontera llegaron a ser horriblemente comunes, y cuando odiar a los indios era cosa tan natural como comer y beber, al menos para los hombres que habían presenciado alguna atrocidad de aquellos salvajes.

Pero en la época en que ocurrió la siguiente aventura, Brady estaba solo y dedicábase a la caza, su ocupación favorita. Tenía su vivienda en las orillas de la Caleta de Chartier, a unas doce millas del Fuerte Pitt, y había emprendido



UNA ESCARAMUZA CON LOS INDIOS DELAWARES: Custaloga cayó desde la altura...

largo cabello rubio, que en forma de melena pendía sobre el cuello: tal era el capitán Samuel Brady, nacido en Sheppensburg en 1758, y que murió, después de una corta vida, aunque muy alegre, en 1796. Su sonrisa era cándida como la de un niño; pero de un puñetazo hubiera tumbado a un buey, y ningún indio le aventajaba en destreza para cazar el castor, ni tampoco en intrepidez para arrostrar los peligros.

Los indios le aborrecían porque durante algún tiempo fué comisionado por los Estados Unidos para recorrer el país de aquéllos a la cabeza de una compañía de aventureros, los cuales dirigía perfectamente, y explorar los bosques cerca de las fronteras, a fin de proteger estas últimas y castigar los desmanes del hombre rojo cuando no le era posible evitarlos. El capitán Brady, en cambio, odiaba a los indios, y rara vez dejaba escapar uno cuando se ponía al alcance de su carabina. Esto fué en los días que siguieron al memorable desastre

do una excursión al río de los Castores, cerca del cual acampó en un sitio muy oculto, donde pensaba que los indios no le encontrarían.

Pero aquella vez fueron más astutos que él.

La tercera noche, cuando dormitaba tranquilamente junto al fuego, una docena de brazos se alargaron por detrás de él, y cogiéronle casi antes de que tuviese tiempo de abrir los ojos.

No había medio de resistir. Con la rapidez del pensamiento fué levantado en alto y conducido como un saco en medio de la oscuridad. Desde luego reconoció que detrás de los que le llevaban iban otros quince ó veinte enemigos, y, de consiguiente, juzgó que no había remedio para él.

Su instinto, sin embargo, permitióle reconocer qué dirección seguían. A los veinte minutos de marcha, sus conductores bajaron por una empinada pendiente, acercáronse a la orilla del río y arrojaron su carga en una canoa.

(Se concluirá)

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA